

LIBROS

Eros y Tanatos, en la poesía de Salvat-Papasseit

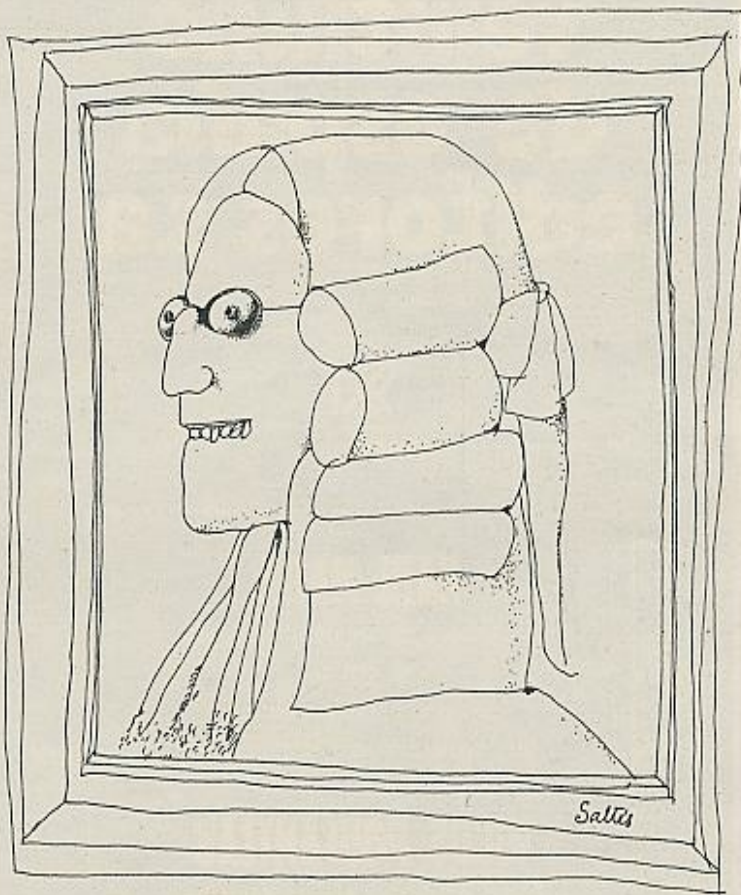
La reciente publicación de una antología de la obra poética de Joan Salvat-Papasseit (1) nos permite advertir la constante presencia, en dicha obra, de dos polos opuestos, alternados dialécticamente, que podrían representarse mediante los entes mitológicos de Eros y Tanatos, o si se prefiere, de la Vida y la Muerte.

Esta presencia no ha sido señalada, que yo sepa, por ninguno de los críticos o exegetas que hasta la fecha ha tenido la obra del poeta catalán, ni creo que fuera consciente en el propio poeta. Efectivamente, cuando Salvat-Papasseit abandona sus primitivos juegos caligramáticos—demasiado mímicos para resultar originales, aunque a menudo obtengan la finalidad perseguida— para dedicarse a una poesía estrechamente ligada a la propia experiencia vital, en la que la imaginación desbordada tiene una importancia básica, lo hace desde unos presupuestos más intuitivos que conscientes. Salvat desarrolla una problemática muy personal, en la que, en principio, la metafísica tiene muy poco que hacer. Pero a fuerza de profundizar en unos temas que por íntimos no dejan de contener elementos universalizadores, llega a obtener un conjunto poemático donde los elementos trascendentes son tanto o más importantes que los repetidamente destacados elementos cotidianos.

El resultado no podría ser otro dados los factores que

intervienen en su consecución. Por una parte, la prodigiosa intuición lírica del poeta; por otra, la dicotomía concretada en el temperamento vitalista y optimista de Salvat y la omnipresencia de la muerte inmediata que le amenaza, de la cual Salvat sí es plenamente consciente. Profundamente arraigada en el tiempo, como quería Machado, su palabra se nos hace esencial: el triunfo final de Tanatos (no sólo en la trayectoria vital del poeta, sino también en su propia poesía, como puede advertirse en el brevísimo poema que cierra su obra poética y la antología que comento) es, como en toda poética genuina, más aparente que real, ya que sin ese triunfo serían imposibles el juego dialéctico y la valoración trascendente de su oponente, Eros. El Amor, la Vida, existen y tienen un valor específico para nosotros en función de la presencia de la Muerte. La alegría vitalista de Salvat no es nunca gratuita, ya que está continuamente mediada, rebajada, por el factor opuesto, si bien nunca aceptado con resignación. Se trata, en definitiva, de una lucha perdida de antemano, pero no por ello menos encarnizada y dramática.

Este dramatismo es el que, en último extremo, hace que la obra de Salvat nos resulte hoy actual, viva, operante, casi medio siglo después de haber sido escrita. Insisto en que para ello no se ha recurrido a la intemporalidad o a la abstracción, sino que, por el contrario, se ha obtenido mediante una rabiosa y excluyente utilización de una temática íntima cuyos cimientos se hallan asentados en la realidad cotidiana, en tanto que el resto del edificio se ha construido mediante la imaginación que esa realidad propone y, a veces, con la mitificación de ciertos elementos característicos. Una mitificación muy *sui generis*, sin embargo, ya que cuando Salvat nos habla de su deseo de ser marino que robara un corazón en cada puerto, o de sus propósitos de ser corsario de amor, raptando a todas las vírgenes del mundo, lo hace como quien relata un cuento a un niño, en el que la fantasía no tie-



ne connotación ideológica alguna.

El escaso eco que la obra de Salvat-Papasseit suscitó en su tiempo cabe atribuirlo, en parte, a las características que he señalado hasta aquí. Y es que hay que tener bien presente las circunstancias en las cuales se producía la obra. Por una parte, era inminente el estallido del «arte deshumanizado», que en Cataluña se concreta en los dos primeros libros de Carles Ribas, rigurosamente contemporáneo de la generación del 27 que está a punto de surgir en el ámbito de la lengua castellana. Por otra, la poesía catalana, detentada por profesores o universitarios con vocación de tales, experimentaba un rechazo casi biológico hacia una poética expuesta a la cruda luz del día, en la que las elucubraciones culturalistas juegan un papel nulo. Y esto no sólo resultaba imperdonable, sino que para la poesía oficial carecía de cualquier tipo de interés. Habría que esperar hasta 1932, ocho años después de la muerte

de Salvat-Papasseit, para que Joan Teixidor publicara el primer estudio riguroso e inteligente sobre una poesía sin par en el panorama peninsular de su tiempo.

Pero volvamos a Eros y Tanatos. En Salvat, la Vida se concreta en unos acontecimientos que, en sí, no tienen nada de extraordinarios. Lo que comúnmente calificáramos como rutinario y trivial cobra una nueva dimensión al ser enfrentado a la presencia de la Muerte. Cuando al poeta se le hace presente ésta, enumera todo cuanto su llegada va a robarle: los ruidos de la calle, las palabras cotidianas, los juegos de los niños, el pan y el vino compartido con los amigos y los seres amados. Tanatos no tiene otro poder ni otra significación. No hay ninguna angustia existencial, ninguna preocupación metafísica por un más allá, cuya posibilidad ni siquiera se plantea. La pérdida de la Vida en su sentido más primario, más común, es una pérdida que basta y sobra para dotar al poema de su sentido honda-

mente dramático. Nada más lejos, por ejemplo, de la «falsa» opción a la Vida que Joan Maragall manifiesta en su célebre «Cant espiritual», por más que superficialmente puedan señalarse algunas concordancias. No se trata, en el caso de Salvat, de elegir entre dos alternativas, o de pedir que dicha elección se le permita, sino, más simple y dramáticamente, de la conciencia de que la alternativa es imposible, de la real y rebelde aceptación de la condición mortal del hombre. «Apura el vaso, viene a decirnos, que la Vida se acaba».

Desde esta perspectiva, resultan perfectamente triviales las objeciones gramaticales que se hacen a la poesía de Salvat-Papasseit, y que, sin duda, fueron una de las causas más decisivas del rechazo a que se vio sometida la misma. Perspectiva que nos evidencia, además, la ligereza con que se ejerce, por lo general, la crítica literaria desde posiciones preestablecidas, conservadoras y académicas. ■

MARTIN VILUMARA.

(1) Joan Salvat-Papasseit: Antología. Edición bilingüe. Selección, traducción y notas, de José Batlló. El Bardo, Barcelona, 1972.